

**Los *Diarios* de Gaspar Melchor de Jovellanos
(1744-1811)**

Wolfgang Vogt

Traducción del alemán por
Fernando Carlos Vevia Romero

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

INDICE

I. LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA. SUS EFECTOS EN EL TERRENO POLÍTICO ECONÓMICO Y CULTURAL.	7
1. La investigación en torno a la Ilustración española.	7
2. Los Borbones y la Ilustración española	9
3. La ciencia y las universidades	11
4. Reformas sociales	17
5. Situación económica de España en el siglo XVIII	21
6. Las sociedades económicas	27
7. La ley agraria	29
8. Burguesía y Estado de clases	32
9. La Inquisición	34
10. Jansenismo y regalismo	39
11. Influjos de la Revolución Francesa y endurecimiento de la censura	42
12. Afrancesados y guerra de la independencia	44
13. Teatro	49
14. Poesía	59
15. La novela	60
16. Arte	63
II. LOS DIARIOS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII	67
01. Los diarios en general (historia de los textos)	67
02. Los <i>diarios</i> de Jovellanos	72

III. JOVELLANOS COMO HISTORIADOR Y PEDAGOGO	107
1. La Ilustración y la conciencia histórica	107
2. La historiografía en Francia y en España en el siglo XVIII	110
3. La Escolástica y la filosofía de la Ilustración	115
4. La filología española en el siglo XVIII	119
5. Ciencias jurídicas y políticas en el siglo XVIII español ...	122
6. Las ciencias históricas y los historiadores en la Ilustración española	123
7. Jovellanos como censor en la Academia de la Historia ..	130
8. Los escritos más conocidos de Jovellanos en el campo histórico	134
9. Jovellanos y la geografía	145
10. Jovellanos y las ciencias del lenguaje	147
11. Jovellanos y la historia de Mallorca	155
12. J. P. Forner y la historiografía de la Ilustración	167
13. Jovellanos como pedagogo	173
14. Conclusión	186
BIBLIOGRAFIA	187

I. LA ILUSTRACION EN ESPAÑA. SUS EFECTOS EN EL TERRENO POLITICO, ECONOMICO Y CULTURAL

1. La investigación en torno a la Ilustración española

El siglo XVIII ha sido considerado durante mucho tiempo como la época menos significativa de la historia de la cultura española. Así lo muestran los escasos y despreciativos pasajes referentes a esta época en las historias de la literatura. La culpa principal de que la investigación acerca de esta época sea escasa, corresponde al romanticismo, el cual creó la imagen de una España original e independiente de influjos extranjeros. Todavía hoy muchos españoles están convencidos de que la imagen de España creada por el romanticismo es la única que corresponde al carácter de su pueblo.

Estos juicios populares tienen su base en la crítica cultural y literaria de M. Menéndez y Pelayo,¹ cuyo fuerte influjo puede rastrearse todavía en la mayoría de los manuales. Los estudios hispánicos, que llegaron en él a su florecimiento, se dedicaron sobre todo al Siglo de Oro y a la Edad Media, tan estimadas por el romanticismo. Se interesaron además por la literatura a partir de 1830, comienzo del romanticismo español. Todo aquello que se halla entre el Siglo de Oro y el romanticismo no cuadra con el concepto de una España eternamente romántica, profundamente católica y consciente de su peculiaridad nacional. Se consideraba ese espacio como poco glorioso para la cultura española y se rechazaba su literatura como "pseudoclasicista" y sometida al influjo francés.

Existe desconfianza hacia los ilustrados. Su nacionalismo no fue muy marcado y muchos de ellos fueron "afrancesados", es decir: apoyaron la política de Napoleón en España. Tuvieron relaciones tensas con la Inquisi-

1 En los tomos 5 y 6 de su *Historia de las ideas estéticas* Madrid, 1925, Menéndez y Pelayo ofrece una exhaustiva descripción de la vida cultural de España en el siglo XVIII.

ción y con el clero conservador y se les culpaba de herejía o incredulidad. Menéndez y Pelayo en su obra juvenil *Historia de los heterodoxos españoles* hizo el intento de presentar al menos a algunos ilustrados importantes como personalidades ortodoxas y, según su opinión, poco afectadas por los influjos extranjeros negativos. Sin embargo, la imagen que de ellos trazó, estaba desfigurada, ya que no incluía en su descripción, ni el contexto histórico, ni las corrientes culturales de la época.² El siglo XVIII sólo puede ser entendido como época en su totalidad. No hay que caer en el error de medir su importancia con criterios del siglo XIX.

En 1954 apareció por primera vez una obra que hacía justicia al carácter del siglo XVIII en España. J. Sarrailh³ intentó dar en su voluminoso y bien documentado libro una interpretación total de esa época. Por ser un investigador liberal, está libre de los prejuicios de los tradicionalistas, llegando a la conclusión de que España, al igual que otras naciones europeas, conoció la ilustración y no había llevado a cabo, como se venía aceptando, una evolución propia, nacional, e independiente de los demás países. Mientras que antiguamente se interpretaban las ideas y modos de comportamiento ilustrados y "antiespañoles" de algunas personalidades como faltas personales, desde la obra de Sarrailh, ha quedado claro que la Ilustración marcó la vida cultural de esa época y que se debe hablar de una Ilustración española. Sólo a partir de ese momento quedó dibujado el telón de fondo histórico sobre el que hay que entender a los hombres del siglo XVIII. Casi al mismo tiempo que la obra de Sarrailh, apareció en 1953 la obra de L. Sánchez Agesta sobre el mismo tema⁴ desde el punto de vista

2 Seis tomos, Madrid, 1930 (1a. edición 1882), pp. 341-351. Menéndez y Pelayo trata de mostrar que Jovellanos, al contrario de Olavide, Aranda y otros, en el fondo pensaba de un modo tradicional: "...como todos los buenos católicos que picaban en sensualistas" (344). Argumentos parecidos encontramos en Patricio Peñalver Simó, *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos*, Sevilla 1953, (trabajo mucho menos substancioso y mucho más polémico) y en José Luis Villota Elejalde, *Doctrina filosófico-jurídicas y morales de Jovellanos*, Oviedo, 1958, donde trata de probar que, a pesar de todos los influjos extranjeros modernizantes, Jovellanos en el fondo siguió siendo un pensador escolástico. Como reacción a los puntos de vista conservadores de Menéndez y Pelayo surgieron una serie de artículos que presentaban a Jovellanos como un liberal al estilo del siglo XIX. Basta con mencionar, por ejemplo, a Julián Juderías, *Don Gaspar Melchor de Jovellanos. Su vida, su tiempo, sus obras, su influencia social*, Madrid, 1913. Pero tampoco él hace justicia a la situación propia de la Ilustración. No queremos referirnos a los breves trabajos de "Azorín, un poeta" en: *Clásicos y modernos (Obras completas 3, pp. 869-880)* y otros conocidos escritores, por tratarse más de impresiones literarias o ensayos que de aportaciones científicas.

3 Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954.

4 Luis Sánchez Agesta, *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Madrid, 1953

católico, mucho menos amplia y a fin de cuentas bajo el influjo de Sarrailh. Sánchez Agesta realiza un bosquejo sinóptico de la época, situando en el centro la crítica al absolutismo ilustrado, que valora negativamente como despotismo. Para él, el absolutismo ilustrado es la causa de la disolución del régimen tradicional. Reprocha a las clases dirigentes del siglo XVIII el haber desmontado con su política el "Antiguo Régimen". Verdad es que Sánchez Agesta presenta también la difusión y extensión de la Ilustración, pero esa difusión y sus efectos se ven con menor claridad que en Sarrailh. Se esfuerza por destacar los elementos católicos, haciendo suyo el concepto de P. Hazard del "cristianismo ilustrado"⁵ y aplicándolo a Feijoo y Jovellanos. Si Sarrailh propende a destacar las ideas liberales de la Ilustración, Sánchez Agesta intenta desvincular a Feijoo y Jovellanos en alguna manera del movimiento del absolutismo ilustrado y presentarlos como representantes de la España *ilustrada-tradicional*. Sin embargo estos esfuerzos no cambian en nada el hecho de que en España, al igual que en los demás países europeos, la política y la cultura fueron enseñoreadas por la Ilustración. J. Vincens⁶ duda de este punto basándose en el argumento de que el impulso hacia las reformas económicas, no lleva consigo necesariamente un cambio de los puntos de vista políticos. Se está refiriendo a la burguesía catalana, en la que apenas influyeron las ideas revolucionarias según piensa él. Se sitúa así en posición contraria a la de Sarrailh, al que reprocha el basarse únicamente en documentos culturales y literarios. Pero ¿pueden separarse acaso la literatura y la ciencia de sus condicionamientos sociales?. Parece especialmente fuera de propósito ese reproche referido al siglo XVIII español, ya que los políticos ilustrados fueron al mismo tiempo muchos de ellos personalidades de la vida cultural y en ninguna otra época de la historia española tuvo tanto influjo el gobierno en el desarrollo de la cultura y del arte.

2. Los Borbones y la Ilustración española

Después de que España había perdido totalmente su importancia y significación en los reinados de los últimos habsburgos, intentó recuperarse económicamente bajo los reyes borbónicos Felipe V (1700-1746) y Fernando VI (1746-1759). Pero hasta el reinado de Carlos III (1759-1788), el más

5 Paul Hazard, *La pensée européenne au XVIII^e siècle*. De Montaigne á Lessing, Paris, 1963. Véase también: Fritz Valjavec, "Geschichte der abendländischen Aufklärung", Viena, 1961, que fue el creador del concepto de Ilustración cristiana.

6 Jaime Vicens Vives, *Coyuntura económica y reformismo burgués*, Barcelona, 1968.

ilustrado y capacitado de esa dinastía (que antes de su subida al trono de Madrid contaba con la experiencia de muchos años en el gobierno de Nápoles), no alcanzó España un relativo florecimiento económico y político. Bajo Carlos III vivieron algunas personalidades como Jovellanos y Meléndez Valdés sus mejores años pareciéndoles que sería muy hacedero un cambio positivo en la historia de su país.⁷

España había llegado al final del proceso milenario de su unidad nacional. Todavía durante la guerra de Sucesión (entre 1701 y 1714). Felipe V tuvo que vencer la resistencia de Aragón, Cataluña y Valencia. Sin embargo, cuando en 1794 propagandistas franceses quisieron incitar a las provincias del norte al separatismo, su falta de éxito mostró que la unidad española estaba consolidada. Es cierto que los conservadores y los progresistas tenían distintas concepciones, pero reaccionaron con la misma indignación patriótica cuando en 1783 apareció el artículo de Masson referente a España en la Enciclopedia Francesa.⁸ La idea de Masson, sumamente difundida, respecto al atraso de España, levantó una ola de protestas y contrataques en España. La unidad espiritual de los españoles cultos fue mantenida por el catolicismo, que se mantuvo firme contra todos los influjos anticristianos provenientes de Francia. Por otra parte, gracias al absolutismo ilustrado se rompió el aislamiento (con respecto a las corrientes intelectuales y económicas del resto de Europa) en que España había caído en el siglo XVII.

Con todo, mientras que en España el absolutismo se consolidaba, se vino abajo en Francia, donde terminó con la revolución francesa. Nadie fue más afectado por los acontecimientos franceses que los políticos ilustrados de España, quienes se asustaron de sus convicciones políticas y temieron por el trono español. Floridablanca, que era el jefe de gobierno en 1789, endureció la censura, al fin de impedir la entrada de escritos revolucionarios procedentes de Francia. Carlos III había muerto en 1788 y su sucesor era mucho menos popular que él. Carlos IV colocó en 1792 al frente del gobierno a un joven oficial, Manuel Godoy, del que se sabía que era el favorito de la reina. Ni los conservadores ni los progresistas se sentían felices bajo el mando del favorito y criticaban de consumo el comportamiento del nuevo rey.

Dado que los espíritus progresistas no estaban preparados para imitar plenamente el ejemplo francés, buscaron una solución de los problemas

7 Richard Herr, *The Eighteenth Century Revolution in Spain*, Princeton, 1968, pp. 435 ss.

8 La polémica levantada por Masson de Morvillier ha sido exhaustivamente descrita por Luigi Sorrento, *Francia e Spagna nel Settecento, Battaglie e sorgenti di idee*, Milano, 1923.